

unánime de la Iglesia, que siendo columna y apoyo de verdad, ha detestado siempre como diabólicas estas ficciones escogitadas por hombres impíos, y conservado indeleble la memoria y gratitud de este tan interesante beneficio que Dios nos hizo." Por último, fulmina anatema contra el que negare "que en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía se contiene verdadero, real y sustancialmente el cuerpo y sangre, juntamente con el alma y divinidad de nuestro Señor Jesucristo, y por consecuencia todo Cristo."

—•••••

DIA VEINTE Y TRES.

San Clemente, papa, mártir.

San Clemente era romano de nacimiento, y fué hijo de Faustino y de Mattidia: el primero era senador de Roma, y tenía un hermoso palacio donde habitaba, en el monte Celio. El mismo San Clemente nos dice que era de la religion judaica, porque descendia de la estirpe de Jacob; pero muy poco tiempo estuvo en esta falsa creencia, porque San Pedro, ó San Pablo, como otros creen, lo instruyó y lo convirtió á la religion católica. Despues nuestro Santo acompañó á estos Apóstoles en toda su predicacion, y trabajaba lo mismo que ellos en propagar la nueva religion, no obstante los graves inconvenientes que tuvieron que vencer y los riesgos á que se espusieron. Por esto San Gerónimo y otros padres de la Iglesia lo llaman hombre apostólico, y San Clemente de Alejandria le dá el nombre de Apóstol. Nuestro Santo se halló con San Pedro en Cesarea, y tambien acompañó á San Pablo á Filippos en el año 62, siendo participante de todas las tribulaciones que aquel grande Apóstol tuvo que sufrir entre los filipenses, para plantear allí el estandarte de la santa religion cristiana. Continuó Clemente en la compañía de San Pablo hasta llegar á Roma, y allí oyó predicar á San Pedro y perfeccionó sus conocimientos y la santificacion de su vida, en la escuela de este príncipe de los Apóstoles. Dice Tertuliano que San Pedro lo hizo obispo, y por eso algunos creen que lo facultó para que predicara el Evangelio en varios lugares; y otros, como San Epifanio, se avanzan á decir que San Pedro lo nombró su vicario en Roma, para que gobernara la Iglesia cuando el Apóstol salia de aquella ciudad á sus predicaciones.

Despues del martirio de San Pedro entró en el pontificado San



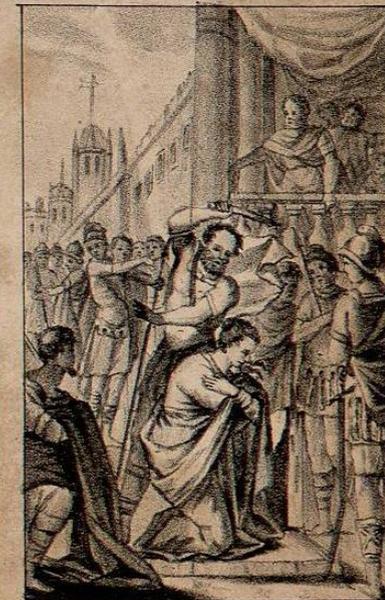
Stz Cecilia Virgen y Mártir.



S. Clemente Papa.



S. Juan de la Cruz



Stn Catarina Virgen y Mártir.

Lino, que gobernó la Iglesia once años. A éste sucedió San Cleto; y en el año de 89, ó con mas fundamento, en el de 91, subió á la silla pontificia San Clemente. A poco tiempo se suscitó en Corinto una impía division que amenazaba la ruina de aquella Iglesia, que con tantos afanes habia establecido San Pablo. Uno de los principales objetos de esta rebelion fué la persecucion de los sacerdotes y varones justos; pero luego que llegó á noticia de Clemente este desgraciado acontecimiento, trató de apaciguar los ánimos con una carta que ha hecho eterna la memoria de este pontífice, y se tiene como uno de los monumentos mas célebres, y la obra admirable de los primeros dias de la Iglesia. En ella habla Clemente con la dulzura y la amabilidad de un santo, porque no quiere reprehender con el rigor á aquella porcion descarriada del rebaño de Jesucristo, sino atraerla por la persuasion y el convencimiento. Primero se concilia la benevolencia y el aprecio de los de Corinto, tratando de apaciguar los ánimos enfurecidos, y haciéndoles ver con ternura lo edificante que habia sido ántes su conducta, cuando sus corazones no estaban manchados con la soberbia, y deseaban mejor ser súbditos, que señores. Les dice que en el tiempo pasado los habitantes de Corinto eran sencillos, nada injuriosos ni vengativos, y reputaban como abominable toda division, sedicion y cisma. Manifiesta el dolor que le causa el olvido que han hecho de todas estas virtudes por la envidia y la soberbia, exhortándolos á enfrenar estas pasiones innobles que corrompen el corazon, forman hábitos perniciosos en el alma, y son el origen de muchos errores. Los anima á la observancia de la ley, á que pongan la consideracion en su Criador y Salvador, á que honren á sus superiores, y reconozcan á Dios como el Hacedor del universo; concluyendo con decirles: Aprovechaos, pues, hijos míos, y aprended cuán poderoso es la humildad para con Dios, cuánto vale con él la pureza y santa caridad, y cuán excelente y grande es el temor de sus juicios.

Continúa demostrando Clemente la certeza de la resurreccion de la carne, que seguramente era una de las cosas que negaban los de Corinto. Despues añade una patética exhortacion para desechar la pereza y el tedio, y concluye diciendo: Todo hombre sujétese á otro hombre, segun el órden con que Dios se ha dignado disponerlo todo. No desprecie el fuerte los esmeros del débil y los esfuerzos del flaco, y éste reverencie al poderoso. Distribuya el rico sus opulencias al pobre, y el pobre bendiga á Dios porque le dá quien

socorra su necesidad. Manifieste y difunda el sabio su sabiduría, no en palabras, sino en buenas obras. No hable el humilde de sí mismo ni haga ostentacion de sus gracias. El que es puro en su carne, no se gloríe por ello, pues que debe saber que es otro el que le dá esa continencia. **Aun** los que son grandes no pueden subsistir sin el pequeño, ni el pequeño sin el grande. En nuestro cuerpo la cabeza sin los piés es nada, y lo mismo los piés sin la cabeza; y los mas diminutos miembros son necesarios y útiles al todo. En estas máximas sublimes de caridad, que son otras tantas sentencias del Evangelio, señala San Clemente las mejores reglas para la vida cristiana; y como con esta carta mandó á cuatro comisionados de Roma á Corinto, suplica en ella que se le vuelvan con toda brevedad, en paz y con alegría, para que cuanto ántes pueda saber su concordia, y el establecimiento del sosiego en la Iglesia de Corinto.

No fué esta sola la única carta que escribió San Clemente á los de Corinto, sino que tambien escribió otra que, como testifica San Dionisio de Corinto, se leía en la Iglesia lo mismo que la anterior. En esta segunda epístola los exhorta á seguir el camino de la virtud con constancia para gozar de la tranquilidad que es consiguiente. A mas de estas cartas se descubrieron en estos últimos tiempos otras dirigidas á ciertas vírgenes, y de las cuales se cree que habló San Gerónimo cuando trató de las epístolas de San Clemente.

En la persecucion de Domniciano tuvo que sufrir mucho S. Clemente de este tirano; y habiendo subido Nerva al trono, gozó de alguna tranquilidad; pero en tiempo de Trajano, en el año 100, fué desterrado á Chersoneso; y segun el Martirologio romano, y algunos otros historiadores de autoridad muy respetable, fué sumergido en el mar por orden del gobernador de aquel lugar, por no haber querido ofrecer sacrificios á los dioses. De las reliquias de S. Clemente una parte se halla en la iglesia de su nombre, en Roma, la cual reedificó Clemente XI, y la otra en la abadía de Cava, en Abuezzo, cerca de Salerno, adonde las llevó el emperador Ludovico Pio, en el año 872.

La Epístola es de los capítulos III y IV de la del Apóstol San Pablo á los filipenses.

Hermanos: Imitadme á mí, y observad lo que hacen los que se ajustan al dechado que habeis visto en mí. Porque muchos hay de los cuales os he hablado muchas veces (y ahora os lo vuelvo á

decir con las lágrimas en los ojos) que proceden como enemigos de la luz de Cristo; que vendrán á parar en la condenacion; que tienen por Dios á su vientre, y ponen su gloria en lo que los debiera avergonzar, y en todo saben á lo terreno. Mas el trato nuestro es con el cielo: de donde esperamos tambien al Salvador, nuestro Señor Jesucristo, el cual mejorará el estado abatido y vil de nuestro cuerpo, levantándolo al de su cuerpo glorioso por aquel eficaz poderío con que puede sujetar á sí todas las cosas. Por tanto, hermanos míos muy amados, cuya vista deseo con ansia, gozo mio y corona mia: permaneced como ahora firmes en el Señor, muy amados míos. Ruego á Evodia y á Syntica que tengan estos mismos sentimientos en el Señor. Y á tí tambien, fiel compañero mio en los trabajos, ruégote que las ayudes, pues conmigo trabajaron por el Evangelio en compañía de Clemente y de los otros ayudadores míos, cuyos nombres están escritos en el libro de la vida.

El Evangelio es del capítulo XXIV de San Mateo (pág. 73).

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Velad, porque no sabeis á qué hora &c.

MEDITACION.

Sobre la paz y el orden que la vida espiritual produce en el alma.

Considera que no hay efecto mas necesario y próximo de la libertad que se toman los hombres en el mundo que el de un desorden espantoso y una guerra fatal; y que por el contrario, es un efecto propio y natural de la verdadera libertad que se goza en el servicio de Dios, el de un orden admirable y una paz verdaderamente apetecible; por manera que de un mismo principio llamado libertad se producen efectos diametralmente opuestos, verdaderamente contrarios. ¿Y por qué? Porque no son idénticas ambas libertades: la una es verdadera, la otra falsa: la una es obra de Dios, porque donde está el espíritu de Dios ahí está la libertad; la otra es obra del hombre; mas no del hombre recto y subornado, sino del hombre poseido de las pasiones, del hombre abandonado á los vicios, del hombre libertino; ¿qué mucho, pues, que este desenfreno, que llama el mundo libertad, traiga el desorden y la guerra de apetitos y pasiones, cuando la justa libertad sábia y bien entendida que Dios concede á sus almas, produce el orden bellissimo que es obra

de la virtud y el don inapreciable de la paz, que es muestra del agrado divino y gage de la bienaventuranza?

Considera que este orden de que venimos hablando se establece en el alma de un modo tan suave y tan conforme á la voluntad bien inclinada, que viene á hacerse como natural en el hombre. Efecto es este de la gracia que posee en abundancia, y del hábito del bien obrar, ó lo que es lo mismo, de las virtudes que son hábitos que se reciben en el alma, se arraigan en ella, y habituándola al bien obrar, necesariamente producen el orden en los pensamientos, en las palabras, en las acciones, en la conducta toda de una persona virtuosa; de modo que el obrar ordenadamente se le hace connatural. No por esto decimos que deje de sentir la inclinacion al mal, la fuerza de la tentacion, los embates de las pasiones, ni mucho menos que sea impecable ó que no sea posible su destitucion de este estado perfecto; sino que la fuerza de la gracia y la virtud la mantienen en el estado de verdadera paz y de orden sobrenatural; pues la paz y el orden son inseparables, y tanto que la paz no es otra cosa que el resultado del orden.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Cuán apreciable sea la paz se conoce bien por la que se apetece en un estado ó república, y que se logra por su buen gobierno, por su obediencia á la ley, por la union de sus ciudadanos, por su adhesion al bien comun, por la depresion de sus enemigos, por la recta administracion de justicia, por el buen arreglo de su policia. Apenas hay bien mas real y mas digno de aprecio que esta paz. Pero, ¡cuánto mas llena y mas perfecta es la que disfrutan las almas amantes de la virtud! Aquella es una paz exterior sostenida entre muchos que por la contrariedad de sus intereses y la variedad de sus genios se halla muchas veces á pique de perderse; mas esta es una paz interior sostenida en una alma que tiene todo su interes en conservarla, y que está bien hallada con poseerla; pero una y otra convienen en ser efecto del orden, y en conservarse á costa del sacrificio, de todo lo que puede turbar este orden. Este sea nuestro propósito.

JACULATORIA.

Daños, Señor, la paz en los dias de nuestra peregrinacion sobre la tierra; porque estamos rodeados de enemigos, y no hay otro que pelee por nosotros mas que tú.

LECCION.

Continúa la de ayer.

De lo dicho en la leccion de ayer y la fé católica, nos enseña de un modo indudable que la Eucaristía es un sacramento que contiene real y verdaderamente el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo bajo las especies de pan y vino; es decir, que el mismo Cristo que nació de la Virgen Santísima está tan verdaderamente en la Eucaristía, como está verdaderamente en el cielo, y están realmente presentes su cuerpo y su sangre bajo las especies eucarísticas, aunque no podemos explicar con nuestras palabras de qué modo se hallan, porque no nos lo ha revelado Dios. Por especies de pan y vino, debajo de las cuales se contiene Cristo Señor nuestro, se entiende lo que perciben los sentidos en el vino y en el pan, que es el color, la figura, el olor y el gusto, á los cuales se llaman accidentes sin sustancia; porque la sustancia del pan se convierte en sustancia del cuerpo de Cristo en virtud de las palabras de la consagracion, y la sustancia del vino en la sustancia de su sangre, á cuya conversion llama la Iglesia: *transustanciacion*, esto es, mutacion de sustancia. Esta conversion y transmutacion de sustancia se hace por la virtud omnipotente de las palabras de Jesucristo, que pronuncia el sacerdote en nombre del Salvador. Así es que cuando se llega en el sacrificio de la misa á la consagracion, ya no usa el sacerdote de sus palabras sino de las de Cristo, segun advierte San Ambrosio.

De fé católica es que todo Cristo se contiene debajo de la especie de pan y bajo de cualquiera parte de la misma especie, y lo mismo debe decirse de las especies del vino. Porque aunque Jesus tomando el pan dijo: Este es mi cuerpo: y tomando el cáliz.... Esta es mi sangre, no obstante siendo de fé que Jesucristo está vivo en la Eucaristía, y que su sangre goza tambien de igual vitalidad; y no pudiendo existir un cuerpo vivo sin sangre y sin alma, ni sangre viva separada del cuerpo y del espíritu, se infiere necesariamente que todo Cristo se contiene bajo de cualquiera especie; y como donde Jesucristo está ha de estar necesariamente Dios, resulta que en la Eucaristía se contiene tambien la divinidad, porque el Verbo divino nunca dejó el cuerpo y alma de Cristo que tomó en la encarnacion. Para mayor claridad debe advertirse, que aunque el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de Jesucristo se contienen de.

bajo de las especies de pan y de vino, hay esta diferencia; que de bajo de las primeras se contiene tan solamente el cuerpo en fuerza de las palabras de la consagracion, y la sangre, el alma y la divinidad en fuerza de la conexion y concomitancia: lo mismo que bajo las especies de vino se contiene tan solamente la sangre en fuerza de las palabras de la consagracion; pero el cuerpo, el alma y la divinidad por real concomitancia.

Aunque se divida la especie ó se parta la hóstia consagrada, se divide el sacramento, esto es, el signo sensible; pero siempre permanece todo Cristo bajo de cualquiera parte de la hóstia consagrada que se ha dividido, por pequeña que parezca, con tal de que sea perceptible por los sentidos. Para entender esto, es necesario saber el modo con que Jesucristo está en la Eucaristía; y aunque á la verdad no puede esplicarse con palabras, como dice el concilio de Trento, él mismo lo aclara algo diciendo: "Despues de la consagracion del pan y del vino, se contiene Cristo nuestro Señor, verdadera, real y sustancialmente debajo de las especies de aquellas cosas sensibles;" y poco despues añade que "Cristo está en el cielo segun el natural modo de existir; pero en otros muchos lugares en donde está la sagrada Eucaristía, existe con su sustancia, y está presente á nosotros sacramentalmente." De aquí se infiere, que el santo concilio esplica en cuatro palabras, el modo con que Jesucristo está en la Eucaristía, verdadera, real, sacramental y sustancialmente. Que existe verdaderamente, quiere decir que no es imaginacion ó figura, sino una cierta verdad que Cristo está en la Eucaristía, y no tan solamente como en signo, apariencia ó virtud. Realmente da á entender que en el sacramento no hay tan solo la figura de la imágen, la sombra, la semejanza, el signo, la apariencia ó la representacion de Cristo, sino su mismo cuerpo y su propia sangre en realidad. Sacramentalmente denota que Jesucristo tiene dos modos de existir: uno natural como existe en los cielos sentado á la diestra de su Eterno Padre; otro sacramental, y es el que tiene en el sacramento de la Eucaristía, donde está oculto y encubierto bajo el velo de las especies de pan y de vino, no existiendo en él con un modo natural: porque para existir naturalmente se requiere que el cuerpo sea visible y palpable, y que ocupe segun su existencia y su volúmen, el lugar proporcionado, y el cuerpo de Cristo no tiene su visibilidad propia, su extension ni su volúmen en la Eucaristía: sustancialmente indica dos cosas: primera, que toda la sustan-

cia de Jesucristo se contiene en este agosto Sacramento; y segunda, que algunas cosas que no son de sustancia del cuerpo y sangre del Redentor, sino que pertenecen tan solo al modo de existir naturalmente, como por ejemplo, estar en grande ó en pequeño lugar, y poder verse y tocarse por todos, no están en el cuerpo y sangre de Jesucristo en cuanto se contiene en la Eucaristía; pero debemos creer sin la menor duda, que allí se contienen todos sus huesos, sus nervios y todas las demas partes que forman la organizacion anatómica de un cuerpo humano.

Con la anterior esplicacion se comprende cómo puede Cristo estar todo en toda la hóstia y todo en cada parte de ella, hecha la separacion ó division; porque Jesucristo no está ocupando lugar correspondiente á su magnitud, volúmen y demas propiedades físicas, sino que está como una sustancia, puesto que la sustancia de pan se convierte en sustancia de Cristo, y no en tamaño ó en volúmen; y es indudable que la sustancia de cualquier compuesto puede contenerse igualmente en un pequeño que en un grande espacio, y que los principios constitutivos ó la sustancia del agua, por ejemplo, lo mismo se encuentran en una gota que en una mar de este fluido. Del mismo modo la sustancia del pan ántes de la consagracion igualmente estaba en una pequeña que en una grande cantidad; y como á la sustancia del pan sucede la sustancia de cuerpo de Jesucristo, todo él está en toda la hóstia, y todo en cualquiera fraccion visible de ella.

De la existencia real de Cristo en la Eucaristía, es una consecuencia la adoracion que le debemos tributar en ese mismo Augusto Sacramento: no solo es lícita esta adoracion, sino que como dice San Agustin, pecaríamos si faltásemos á ella, pues faltariamos al culto y adoracion que debemos dar al verdadero Dios, porque en este Sacramento está verdaderamente presente el Unigénito Hijo de Dios, de quien el Eterno Padre, introduciéndole en el orbe de la tierra, dice que le adoren todos los ángeles de Dios, y porque en el sacramento está el mismo Dios á quien los Reyes Magos adoraron en el portal de Belén, y los Apóstoles en Galilea. Este culto debe ser interno, esto es, culto de fé, esperanza y caridad, y tambien debe ser externo; pero se ha de advertir que á quien se da no es al sacramento que se llama signo sensible, sino á Cristo Dios y hombre verdadero, que está oculto bajo el velo del sacramento. La razon es, porque cuando este Señor andaba en el mundo, no se daba adoracion á los vestidos con que se cubria, sino á él mismo eu-

bierto con ellos; y así nosotros adoramos al mismo Dios cubierto con las especies sacramentales. Por eso el concilio Tridentino solo anatematiza á los que dijese que Cristo Unigénito Hijo de Dios no habia de ser adorado en el Santísimo Sacramento con el culto de latría interno y externo, lo cual es tan evidente que en el Santísimo Sacramento, todo lo que está sujeto á los sentidos, esto es, su signo sensible, no por otra razon se llama y es sacramento, sino porque en él se contiene Cristo realmente presente, y de aquí es que adoramos á solo Jesucristo, y no al signo sensible, aunque en sentido mas lato hemos de confesar necesariamente que adoremos al Santísimo Sacramento, y entonces esta adoracion no se dirige á las especies sacramentales, sino á Cristo Señor nuestro que se contiene bajo de ellas.

Es lícito guardar este Augusto sacramento en el sagrario y copon, aun despues de completo el santo sacrificio de la misa; porque como dice el santo concilio de Trento, es tan antigua esta costumbre en la Iglesia católica, que el concilio Niceno declaró como de fé que podia hacerse. El fin con que se guarda es, para que á cualquiera hora, cuando la necesidad lo pida, se pueda llevar á los enfermos, y para que los fieles vengan á la iglesia con mayor devocion á adorar reverentemente al Señor. Es lícito tambien exponer públicamente al Santísimo Sacramento para que los fieles le adoren, y para que en las públicas necesidades se ofrezca al Eterno Padre la prenda mas segura del amor que nos tiene, y por los respetos de su Unigénito Hijo, nos ampare y tenga misericordia de nosotros. Igualmente es lícito traerle en procesion por las calles con toda reverencia y honor, segun la loable y universal costumbre de la Iglesia, para que, como dice el concilio de Trento, se represente el triunfo y victoria de la muerte, y así se sobreponga la verdad en el modo posible, se reparen con este honorífico triunfo las faltas de reverencia y veneracion que todos los dias se cometen contra este venerable sacramento, y para que el Hijo de Dios derrame con mano liberal sus bendiciones en todos los lugares por donde pase.

Toda esta doctrina se mira epilogada admirablemente por el repetido concilio de Trento en las palabras siguientes: "No queda, pues, motivo alguno de duda, en que todos los fieles cristianos hayan de venerar á este Santísimo Sacramento, y prestarle segun la costumbre siempre recibida en la Iglesia católica el culto de latría
 ---- Ni se le debe tributar menos adoracion con el pretexto de que fué instituido por Cristo para recibirlo, pues creemos que está pre-

sente en él el mismo Dios.... La costumbre de celebrar con singular veneracion y solemnidad todos los años en cierto dia festivo este sublime Sacramento y la de ser conducido en procesiones honoríficas y reverentemente por las calles y lugares públicos, se introdujeron en la Iglesia con mucha piedad y religion. Es sin duda muy justo que haya señalados algunos dias de fiesta, en que todos los cristianos testifiquen con singulares y esquisitas demostraciones, la gratitud y memoria de sus ánimos respecto del Redentor de todos, por tan inefable y claramente divino beneficio.... Ha sido por cierto debido que la verdad victoriosa triunfe de tal modo de la mentira, que sus enemigos á vista de tanto esplendor, y testigos del grande regocijo de la Iglesia universal, ó debilitados se consuman de envidia, ó avergonzados y confundidos vuelvan alguna vez sobre sí."

Hemos ya visto en esta y la anterior leccion, la institucion sagrada de este admirable Sacramento, lo que en él nos enseña la fé católica debemos creer; el cumplimiento de la promesa que hizo nuestro Redentor á sus discípulos, y se contiene en el capítulo sexto de San Juan, cuando al ofrecerles les daria á comer su propia carne, se escandalizaron los judíos de Cafarnaun, con cuyo motivo hemos combatido los errores de los protestantes. Queda esplicada la admirable transustanciacion, ó mutacion en sustancia del cuerpo de Cristo, de lo que ántes era sustancia de pan, y el modo con que existe Jesucristo en la Eucaristía, detallando en compendio lo que es mas necesario de saberse sobre la adoracion que se le debe dar, y sobre la reserva, exposicion y procesion del Santísimo Sacramento; y habiéndose tratado ya de las disposiciones del alma y cuerpo que son necesarias para recibirle dignamente, en las lecciones de Agosto, nos resta únicamente indicar la disciplina que ha observado la Iglesia sobre la comunión, en una ó en ambas especies, dos fines con que lo estableció el Redentor, y los diversos efectos que produce el recibir digna ó indignamente tan augusto Sacramento, lo que tendrá lugar en la leccion siguiente.